

# **Poesías de León Benarós**

**Textos bajados de:**

<http://www.benaros.com.ar/>

## **León Benarós (Argentina, 1915- )**

Poeta argentino nacido en Villa Mercedes, Provincia de San Luis. Su obra poética incluye: *El rostro inmarcesible* (1944), *Romances de la tierra* (1950), *Romancero argentino* (1959), *Décimas encadenadas* (1962), *El río de los años* (1965). Obtuvo el Premio Municipal de Poesía, y Faja de Honor de la Sociedad Argentina de Escritores.

## ***El desvalido***

Parecía increíble - cuando se lo llevaron.  
Nunca estuvo más fuerte - ni más desamparado.  
Apenas extendía - los fugitivos brazos,  
ya denso de neblinas - y en claridad flotando.  
Le soltaron palabras - tendidas como lazos.  
El dijo adiós a todos - y pensó en cielos altos.

¡Cómo le pesarían - los recuerdos callados!  
¡Qué lucha, desasirse - para subir, liviano!  
Cuando volvió los ojos - se cayó su retrato.  
El reloj de pared - ya detenido, exacto.  
Al entreabrir la boca - quiso decirme algo.  
Y no era ya presente; - sí futuro y pasado.  
Lo alcanzarán las hojas - de verdor intocado.  
Una sabia violenta - refrescará sus labios.  
¡Ay, su desasosiego - de morir en verano,  
él, que hubiera querido - dormir bajo los plátanos!  
Nadie tenga vigilia - como la suya. Amargo,  
de las raíces últimas - será el reverenciado.  
Irá inventando trigos, - improvisando cardos  
cuando le dé la tierra - costumbre de su estado.  
Volveremos a verlo - cuando lo cubra el pasto.  
Su corazón, rosal; - amapolas sus manos.

## ***El espejo***

***Antología poética hispanoamericana, Fondo Editorial Bonaerense, 1978.***

Sé del espejo en donde el día muere  
desfalleciendo en luz caritativa.  
Hacia perdidos rostros se deriva  
su condoler sin fin, su miserere.

Los constelados cielos que prefiero  
los conozco. La amarga perspectiva  
de sus biseles, su costumbre viva,  
la imagen que a mis cosas se refiere

en el descansan. Íntimo y perdido  
rescato aquí su mundo compartido.  
Sus serenadas lágrimas son estas.

Nadie pregunte por la voz ausente.  
Mece en un mar de azogue la corriente  
sus reflejadas muertes superpuestas.

## ***El rostro inmarcesible***

***El rostro inmarcesible, 1944.***

*Poema inspirado en su esposa Emma Felce*

Como a un país de eterna lumbre  
llegué a su rostro inmarcesible.  
Su claridad resplandecía  
sin horizontes y sin límites.  
Inabitable, como un árbol  
de profundísimas raíces.

Nunca sentí la voz crecida  
como en su fiel correspondencia.  
Era un nombrar las cosas vivas  
por su razón y por su esencia;  
el equilibrio serenísimo  
del corazón y la cabeza.

Para su gracia no rodaban  
las estaciones y los días.  
Hasta las márgenes del tiempo  
en él limaban sus aristas.  
Sus riberas eran tan dulces  
como curvadas sus orillas.

Honda y radiante era su estrella,  
de la pureza más legítima.

A su perfil resplandeciente  
ninguna sombra obscurecía.  
De las fontanas más preclaras  
brotaba -excelsa- su sonrisa.

Cuando llegó, las nubes altas  
se parecían a su rostro.  
Memoria de ángeles traía  
en lo sereno y armonioso.  
Un aire grácil y levísimo  
le dibujaba los contornos.

De su tendencia a lo celeste  
-angelical- se alimentaba.  
Estaba en hermandad de cielo,  
como los pájaros y el alba.  
Daba estatura al claro canto  
y esclarecía la palabra.

Fundaba el alba en lo más hondo,  
en prodigioso ordenamiento.  
Se manejaba entre las cosas  
con sus señales y misterios.  
Para invocarlas, elegía  
nombres desnudos y perfectos.

Las anudaba en sus orígenes,  
en sus regresos y sus fuentes.  
Su impar alquimia combinaba

los escarlatas y los verdes.  
Rosas de eterna lozanía  
amanecían en su frente.

Sentí poblarme de canciones  
como el almendro en primavera.  
Hasta los aires daban flores  
de encantamiento y de inocencia.  
El viento estaba de aleluyas  
como las plantas de hojas nuevas.

Sólo por él, por su hermosura,  
mi corazón tañe sus cuerdas.  
En alabanza de ese rostro  
mi inspiración se manifiesta.  
La luz que alumbra mi palabra  
de su mirada se sustenta.

***En las estrellas del cielo***

***Décimas encadenadas, 1962.***

*Salid sin duelo, lágrimas, corriendo.*

Garcilaso

En las estrellas del cielo  
sólo tengo mi alegría,  
las noches se me hacen años,  
siglos se me hacen los días.

I

De lo dulce despedido,  
de lo querido alejado,  
de lo triste frecuentado,  
de lo pasado dolido,  
buscando alivio y olvido  
en las aves y su vuelo  
o procurando consuelo  
en la bóveda estrellada  
hallo una dicha callada  
en las estrellas del cielo.

II

Allí la Cruz del Sur vi,  
pálida y bella. Allí el lauro  
rojiclaro del Centauro  
con delicia conocí.

De Antares establecí  
su total soberanía.  
Sirio me mostró la fría  
palidez de su fulgor.  
En ellas y en su claror  
sólo tengo mi alegría.

### III

¡Qué dulce fidelidad  
la de sus luces durables!  
¡Qué bálsamos admirables  
los de tanta claridad!  
Cuando por adversidad  
se tornan cielos hurraños  
y en nubarrones tamaños  
las duras tinieblas crecen,  
las horas se me obscurecen,  
las noches se me hacen años.

### IV

A mudanzas y desvíos  
sus fieles luces opongo.  
Su persistencia propongo  
a cambios y desvaríos.  
Como solitarios ríos  
de luz, algunas, ya frías,  
de su sustento vacías,  
aún su lumbre hacen llegar.  
Para medir su alumbrar



siglos se me hacen los días.

## ***La despedida***

*Antología poética, 1998.*

*Poema sinfónico con música del maestro Carlos Guastavino*

Pampa toda donosura  
jagüeles míos, aguadas,  
lomitas aquerenciadas  
y de pareja lindura:  
¿Cuándo, madrugada pura,  
me verás de vuelta? ¿Cuándo?  
Trébol de olor, pasto blando,  
aromita del bibí,  
pagos donde yo nací:  
adiós, que me voy llorando...

¡Qué cielito para cielo!  
¡Qué brillador estrellaje!  
¡Qué dadivoso el paisaje  
de su verde terciopelo!  
Como galopando en pelo  
el viento del sur venía.  
La pamperada subía,  
azotando el totoral.  
Me voy, para bien o mal.  
¡Hasta verte, tierra mía!

Tu viento hace estremecer

de gozo las hierbas finas,  
y vuelan tus becasinas,  
como anunciando el llover.  
Todo es callar y aprender  
la lección que me estás dando.  
Tu alma es un vivir verdeando  
entre frescor de rocíos.  
¡Adiosito, pagos míos!  
Adiós, que me voy llorando.

Aromoso biznagal,  
flamenquerío rosado,  
plumerito empenachado  
de cortadera, juncal;  
estancierío cabal,  
laguna, que es un espejo:  
con mi tristura me alejo.  
¡Ah, días de un tiempo hermoso!  
Arroyito alabancioso:  
me voy llorando y te dejo...

Lindo tiempo en que mis días  
verdeaban, como los pastos.  
Eran oros... Para bastos,  
hoy bastan las penas mías...  
Adiós, madrugadas frías,  
campitos de pasto ralo.  
A su primor me resbalo  
y me recuesto en su amor.

Esos días como flor  
se daban del mismo palo...

Búsqüenmele comparancia  
a semejante hermosura.  
Encuéntrénle coyuntara  
a las costumbres de estancia.  
Los días y su constancia,  
su sereno transitar.  
Los trigales: el linar,  
cielo que se toca y ve.  
Tierra a la que me amigué:  
¡nunquita te he de olvidar!

## **Los árboles**

*El río de los años, 1964.*

Dioses callados, huéspedes dichosos,  
trofeos, enterrados homenajes,  
desde sus días altos y salvajes  
al sol se orientan, de su beso ansiosos.

Ramos les dan los días misteriosos  
y una embriaguez total, en verde encaje,  
les cuelga de los vívidos ramajes  
flores de perfección, frutos hermosos.

Felices ellos, pues que su porfía  
de cárcel vertical, en las serenas  
tardes es fiel al rito de su día.

Pero yo, extraño de hábitos y penas,  
¿qué luz he de poder decir que es mía,  
inmóvil de presagios y cadenas?

## ***Naturaleza de la cebolla***

***El bello mundo, 1981.***

*La cebolla es un templo.*

Desde un orden concéntrico de alabastros desnudos,  
las naves de una clara catedral se levantan,  
destinadas a un culto de salud perdurable.

Ella inclina a un costado la pesada cabeza  
reboza con un velo su interior de magnolia,  
fomenta francamente sus jugos categóricos,  
que hacen tersa la piel lunar de las mujeres,  
y es llamada a su sino de feria y malecones,  
a su honda vocación que la inclina al gentío,  
buscando el maridaje del pan y del aceite.

## **Quevedo**

*El río de los años, 1964.*

¡Ay, qué sabor de amarga certidumbre!  
¡Qué tendido y unánime sosiego,  
de duradera paz te da costumbre!

¿Cómo pudiste, inabatable fuego,  
sol eminente de la lumbre hispana,  
al estado mortal rendirte luego?

Príncipe de la lengua castellana,  
tu voz admonitoria se nutría  
de otra soberanía más arcana.

Donde el ánimo tuya debatía  
con Dios sus fuertes dudas y pavores,  
tu lengua el eco inmenso repetía.

Temor de cautos prevaricadores,  
burla de quien codicia hizo cautivo,  
de mentidos hidalgos y señores.

¡Oh, gran señor de verbo corrosivo,  
cuya palabra es lúcida sentencia  
que llaga y matadura deja al vivo!

Tú mismo te dictaste penitencia

cuando de la nación de tus mayores  
mostrar quisiste carie y decadencia.

¿Quién, mordido por lívidos rencores,  
en cárcel de inundable monasterio  
te colmó de penurias y dolores?

Allí, sin acallar tu ministerio,  
por tu mano, a las llagas que sufrías  
pusiste, sin temblor, hondo cauterio.

Al término llegaste de tus días  
y ya, como pavesa temblorosa,  
la hora final a que el descanso fías

arribada también, quizá dichosa  
para quien gloria y esplendor trocara  
en condición tan dura y ominosa.

Una estrella del cielo se borrara.  
Tronaran nubes de tormenta fiera.  
El sol, avergonzado, se ocultara.

Pues alma de grandeza tanta, no era  
para soltarse sin clamar a voces,  
así de abandonada y extranjera.

(¡España, España! ¿Acaso no conoces  
que tu mayor testigo deja el mundo,



segado ya por implacables hoces?).

Apenas viste el sol. Si moribundo  
la sombra te dejó, no a los metales  
de tu alta voz, la de órgano profundo.

Contra la flaqueza y condición mortales,  
nadar habrás sabido el agua fría  
de la oscuras ondas eternas.

Si altísima pasión te consumía,  
oponer pecho firme y animoso  
fácil a tanta sombra te sería.

¡Oh, por sobre la muerte memorioso,  
infinito amador desmesurado  
que ni al polvo del polvo dio reposo!

A tu secreto diálogo entregado,  
ya te será la tierra confidente  
de cuanto ardor te desgarró el costado.

Más que la luna pálida tu frente.  
Y más que el sol, deslumbrador, tu nombre  
crecerá con el tiempo y su corriente.

Se medirá por tu estatura el Hombre.

## ***Ruidos nocturnos***

***El río de los años, 1964.***

Tristes maderas, vidrios o sufrientes herrajes,  
anillos, foscas piedras, caracoles marinos,  
lamentan en la noche sus contrarios destinos  
y buscan sus orígenes, extraños y salvajes.

Entonces suben himnos ocultos, homenajes  
donde los mares lloran. Y sollozan los pinos  
por humilladas mesas y estantes anodinos,  
cruelmente separados de troncos y ramajes.

Y un motín de murmullos eleva sus clamores  
de sospechosos y altos, graves aparadores,  
y de crujientes cómodas y muebles taciturnos.

Y con el alba tímida, súbitamente callan  
y de nuevo en las sombras, en su lamento estallan,  
y la palabra inician con los ruidos nocturnos.

## **Tierra**

***El río de los años, 1964.***

*Ella es bastante para darnos  
a todos la sustancia eterna.*

Juan Ramón Jiménez

Ella nos dice la palabra viva,  
nos guía por un rumbo iluminado  
y nos muestra el camino señalado  
para la perfección definitiva.

Para su mundo de laurel y oliva,  
para su pobre mundo ensangrentado  
va, puro y redimido de pecado,  
el triste corazón, a la deriva.

Ella nos amortaja con su veste.  
Su oscuro reino de milagro y cieno  
abarca Norte, Sur, Este y Oeste.

Nos da la clave de lo ultraterreno,  
el signo impar, el número celeste  
para que regresemos a su seno.